

RAFAEL DELORME

Rafael Delorme.

(RETRATO A PLUMA)

Alto de estatura, delgado de cuerpo, rubia y como erizándose contra los peines y el cepillo la barba, emborrascado el pelo, soñadores los ojos, malo el color y peores las trazas de su indumentaria habitual, veía yo hace algunos años por calles, cafés y redacciones de periódicos, á un joven de quien primero supe que se llamaba Rafael Delorme, y luego de estrechar su mano y oírle hablar y discutir, averigüé que era un pensador notable, un propagandista tenaz, un revolucionario vehemente y un hombre honrado.

Honrado, sí; no con esa honradez que consiste en alistarse resignadamente á la recua humana, y hacerse expedir un certificado de buena conducta por los vecinos del barrio, con el visto bueno de la portera de la casa; no con esa honradez apaisada que estriba en levantarse temprano, desayunarse con chocolate, ser novio para casa de los padres, y ayuntarse á una hem-

bra con su miajita de bendición sacerdotal, y su poco de idilio *á posteriori* traqueteado en los almohadones de un wagón de primera, y de rato en rato interrumpido por el entrar y salir de viajeros, conductores y mozos de tren; en buscar unos *garbancitos* seguros, cuesten las humillaciones que cuesten, para sostener las *sagradas* necesidades de la familia, y en faltar á la señora de cinco á siete de la tarde con todo linaje de reservas y preservativos higiénicos, para no adquirir fama de trasnochador y de adultero, ó echarse encima algún compromiso de esos en que la ley anda á puñetazo limpio con la naturaleza.

Declaro que si esta es la honradez, Delorme no puede formar en sus filas.

Pero si la honradez se cifra en no prostituir el alma, en no vender la inteligencia, en consagrarse á aquellas ideas y fines, que sean cuales sean se reputan justos, verdaderos y santos; en sacrificarse por ellos, en no transigir aunque para obligarnos á transigir nos empujen y soliciten la miseria, el desamparo, el olvido, el odio ajeno y el sufrimiento propio; si ser honrado es luchar y luchar sin tregua contra tales poderosos adversarios, y no rendirse y seguir adelante; en no ser prostituta del oro y mercancía del mejor postor, hay que convenir en que Rafael Delorme es uno de los hombres más honrados que hay en esta España de las abdicaciones y de los destinos de seis mil reales.

Prueba de ello es que Delorme podía estar al frente de una fábrica que le garantizase un porvenir *práctico* y no lo está; ni es fácil que esté ya en ninguna, cuando todos los fabricantes saben que tuvo que abandonar su puesto porque defendió los intereses de sus obreros contra las exigencias codiciosas del patrono; tiene valor, energía, talento, don de gentes, y ni comercia con su valor, ni trafica con su energía, ni hace feria de su talento, ni utiliza su don de gentes en captarse simpatías y protecciones; podía ser rico y es pobre; conocido y apenas si le conoce nadie en España, donde pocos saben que es padre de un libro notabilísimo, *Los abortigenes de América*, del que con grandes elogios se ha ocupado toda la prensa americana; podía vender su pluma, su fe, sus ideales y defiende con pudores de virgen la primera, con abnegaciones de mártir la segunda, con bravura de héroe los últimos; podía conquistar una subsecretaría haciéndose conservador, y sólo quiere conquistar el porvenir siendo socialista.

Raro fenómeno, caso de excepción el que con otros pocos representa Delorme en esta juventud que sólo sabe luchar por el panecillo; que en arte se dedica á lisonjear las groseras exigencias del público; en política las vanidades del personaje ó los caprichos de la *personaja*, y en usos y costumbres sociales *las venerandas tradiciones*; juventud enteca, enfermiza de

alma y cuerpo, con inteligencia de usurero, corazón de sapo y estómago de dromedario; que no mira al cielo porque el sol ofende los ojos, ni al abismo social, porque el abismo es negro y respira alientos de podredumbre y de miseria; juventud que aprieta la mano de los ladrones enriquecidos y vuelve la espalda á los hombres de bien mal trajeados; juventud de mendigos que se visten de caballeros mientras los caballeros como no se dedican á mendigar tienen que vestir de mendigos; juventud que no tiene grandeza en sus vicios porque no tiene grandeza en sus virtudes; juventud por la que pasará la historia, como pasan los hombres por un charco fangoso: dando un salto para no mancharse los pies.

Y si antes de saltar se detiene, será para dirigir una mirada de simpatía y una sonrisa de cariño á los pocos que supieron sustraerse al medio ambiente que les rodeaba y abrir, ya que no un camino, una senda que se encaminase á lo futuro. Si tal ocurre, entre los favorecidos por esa mirada y acariciados por esa sonrisa, figurará Rafael Delorme.

*
* *
*

Rafael Delorme ha escrito un libro titulado *Las Escuelas socialistas*, origen de estos párrafos míos. Ha querido Delorme que yo ponga un prólogo á su libro, y como sólo su amistad puede tener el atrevimiento de consi-

derarme útil para prologar obras, yo me he creído en el deber amistoso de agradecersele y garrapatear este retrato.

¡Qué menos podía hacer yo!

Que el libro me gusta, es indudable; de no gustarme no hubiesen ido estas cuartillas á la imprenta; que simpatizo con sus ideas, no he menester decirlo. A defender los intereses del pueblo, á luchar por la santa causa de la igualdad humana, á mantener los derechos del débil, del miserable, del oprimido, contra el fuerte, contra el poderoso, contra el opresor, se dirige la obra de Delorme. ¡Cómo no he de simpatizar yo con ella!—Cambiar el actual estado de cosas; destruir los fundamentos de esta sociedad diferenciadora, egoista, mal cimentada y peor construída, es lo que pretende, lo que desea, lo que quiere Delorme; y yo, salvo ligeras diferencias de apreciación, lo quiero como él y con él.

El estado social presente, tiene que arrancar un grito de protesta á todos los hombres honrados; por honrado me tengo. Ibsen ha dicho que la humanidad está hoy dividida en dos grandes porciones, cristianos y bárbaros.

Y diré, repitiendo la hermosa frase del autor noruego:

«Yo tengo el honor de ser bárbaro.»

LA DIMISIÓN

La dimisión.

Con la noticia de su muerte recibí su última carta. Una carta sin lágrimas, sin reconvenciones, algo así como el apretón de manos de un amigo que se despide y nos explica tranquilamente los motivos de su viaje.

Por lo que tiene de original esa carta, voy á copiarla íntegra, sin comentarios ni acotaciones de ninguna especie. Yo era el único lazo que unía á aquel hombre con el resto de la humanidad, y considero deber ineludible trasladar al público el último adiós de un suicida, y hacer vivir la vida del recuerdo al que no pudo soportar la existencia diaria que nosotros vivimos.

La carta dice así:

«Mi querido y único amigo: Ya lo sabes; hace una temporada me ofrecí á mi mismo matarme, y voy á poner por obra el ofrecimiento.

»No creas que mi muerte obedece á una de aquellas exaltaciones del espíritu que perturban y provocan el deseo y la necesidad de morir; no creas tampoco que soy uno de esos románticos cursis que se matan por

contrariedades amorosas; menos, y en mala hora, ó mejor dicho, en buena hora lo digo, me las doy de genio maltratado por las injusticias de su época, y, en clase de tal, abandono el mundo echando pestes de su ignorancia, de su egoísmo, y del odio rencoroso con que trata á las personas de talento. Ni estoy loco, ni enamorado, ni enfermo de sabiduría y de inspiración. Soy sencillamente un hombre que se marcha sin murmurar de nadie y con la mayor cortesía posible.

»Si la sociedad toda pudiera personificarse y hacerse tangible, yo le diría:

«Usted dispense si me alejo de su presencia; pero es preciso. Beso á usted la mano.»

»Afortunadamente, no leerá esta carta ninguno de esos moralistas rutinarios que repiten como axiomas filosóficos, ideas que acaso no tuvieron otro objeto, para su autor, que el de llenar cuartillas y cumplir con sus editores. Si un moralista de este jaez leyera los párrafos anteriormente escritos, hablaría de los derechos sociales conculcados por el hombre que se resta de la agrupación, de la cobardía que entraña el abandonar la lucha, del fraude que se comete suprimiendo una vida que no pertenece al que la lleva; en una palabra, de todas esas cosas que se llaman razones de alta filosofía y yo no juzgo tales, á pesar de todos los sabios y de todos los moralistas del universo.

»Te advierto que tengo también mis razones para

hablar así; razones que, á mi juicio, desvirtúan las otras.

»Voy á explicártelas brevemente, porque estoy de prisa, y porque, después de todo, cuando tú vinieras á refutarlas, si te ocurriese hacerlo, llegarías tarde.

»Viene el hombre al mundo como va un empleado al departamento donde le conduce la credencial: á desempeñar un cargo cuyas obligaciones debe cumplir, so pena de merecer fama de torpe, de inútil, de inserrible y de inutilizable.

»Supongamos que el empleado es un hombre de bien; que llega á la oficina; que le encargan de esto ó de lo otro y que se pone á la faena con verdadero propósito de llenar fiel é inteligentemente su cometido.

»Pero cádate que el tal se convence de que no sirve para el asunto, de que desconoce en absoluto la máquina administrativa que se le ha confiado; y agrega, á mayor abundamiento de seguridades, que toca con la experiencia la certidumbre de que nunca será útil para aquello que se le encomendó.

»¿Qué hace este hombre? Pues si es hombre de bien y tiene conciencia, se dirige al jefe, si es empleado de poca categoría, ó al ministro, si es jefe superior, ó al Presidente del Consejo, si es ministro, ó al jefe del Estado, si es Presidente del Consejo, y exclama:

«Señor: Yo no sirvo para estas cosas; estoy en des-

acuerdo con mi cargo; ni yo le entiendo á él, ni él me entiende á mi. Tenga usted la bondad de aceptarme la dimisión.»

»Y la presenta, y se marcha, y hace perfectamente.

»Yo he considerado siempre la vida como un empleo que Dios concede. Da á un ser animado credencial de hombre, y le dice: «Caballero, vaya usted á la oficina y procure desempeñar fielmente sus obligaciones. A vivir.»

»Conste que he tratado de cumplir la orden hasta lo último. Creí que mi primera obligación era el trabajo y quise trabajar, pero la pereza, que es al individuo lo que las faltas de ortografía al escribiente, se opuso á ello y nunca hice nada de provecho; tenía mis ideas á propósito del amor y de las mujeres, y la primera que las oyó se puso á reír, y la segunda hizo lo mismo, y así sucesivamente; de donde deduje la consecuencia de que, si no servía para trabajador, tampoco servía para enamorado.

»El hombre tiene obligación de divertirse en las diversiones, y yo no me divierto; de sufrir á sus semejantes, y á mí me resultan insoportables; de hacer algo, y yo no hago nada; de servir para alguna cosa, y yo, por mi modo especial de ser, resulto un estorbo donde quiera que me presento.

»Todo eso es verdad. Yo soy honrado; y esto, aun-

que sea una rareza, es verdad también. ¿Qué hace un hombre honrado cuando se convence, como yo me he convencido, de que no es idóneo para el oficio de ente social que le tocó en suerte?

»Pues dirigirse á Dios, y decirle:

«Señor: Yo no sirvo para vivir en sociedad; estoy en desacuerdo con el mundo y el mundo en desacuerdo conmigo. No nos entendemos. Por consiguiente, tendrá la bondad de aceptarme la dimisión.»

»Y eso hago yo; me marchó; presento la dimisión y te mando una copia.

»Tuyo afectísimo,

MANOLO.»

Esta es la carta de mi amigo.

¿Será la obra de un loco? Parece indudable de todo punto.

Aunque, bien mirado, si se puede dimitir una cartera, ¿por qué no se ha de poder dimitir la vida?

LA FINCA DE LOS MUERTOS

La finca de los muertos.

Bajando por la puerta de Toledo, poco antes de llegar al Puente y á mano izquierda de la carretera, se abre un camino polvoriento, especie de atajo, en cuyas lindes vierte sus aguas una alcantarilla que serpentea con emanaciones de pantano y pujos de arroyo, para lamer cuatro ó cinco casucas de agrietadas paredes y ruinoso aspecto. En sus ventanas colúmpianse con churrigueresco desorden, sujetos á una soga y heridos brutalmente por los rayos del sol, múltiples harapos de infinitos colores, los cuales son prendas de vestir, aunque no lo parecen. Junto á la puerta charlan y gritan, formando grupos heterogéneos, mujeres de todas edades, con las greñas sueltas, los brazos desnudos y las medias (cuando las tienen) caídas por encima del tobillo.

Mientras las mujeres platican, sus criaturas, descalzas, medio en cueros, tiznado el rostro y curtida la piel, chapotean sobre las aguas, revolviendo y respirando la putrideces que residen en el fondo de la alcantarilla, y se revuelcan por la húmeda arena y escarban el suelo y traban disputas, que terminan casi siempre á puñetazos.

Los padres de estos chicos, ocupados en un trabajo que comienza con el día y acaba con el día también, no poseen tiempo hábil para vigilarles. Las madres, entregadas á sus hablillas, á sus rencores y á sus faenas, no les hacen caso tampoco, y los niños se desarrollan en absoluta libertad con el raquitismo en la sangre y la ignorancia en el cerebro.

Sin embargo, tan horrible y triste conjunto representa en aquel camino la nota alegre, porque representa la vida, mejor que la vida, la última frontera de la vida humana.

Luego, cuando se sigue hacia adelante, se marcha en completa soledad, hasta que, volviendo hacia la derecha, se distingue un grupo de árboles frondosos, que enlazan sus hojas como si tratasen de prestar sombra al viajero y sosiego al espíritu. Por entre aquellas hojas descúbrese una cerca de boj, cuatro ó cinco plantas de flores, un patio anchuroso, los muros de una casa de un piso, decorada con altas y capaces vidrieras, y el desahogado portalón que da acceso al interior del edificio construído en forma de hotel. Los árboles, la cerca, el patio, las plantas de flores, la vivienda, en fin, por frente de la cual pasea un hombre con gorra galoneada como los conserjes de los palacios, constituyen una propiedad siniestra: la finca de los muertos.

Aquello es el depósito judicial de cadáveres, edificado por la ley, donde residen en común como dueños absolutos, con numerosa servidumbre que los atiende, sobre lechos de piedra, útiles para soportar el desplome marmóreo de sus miembros, sin estorbarse los unos á los otros, en paz completa y en muda tertulia, los desheredados de la suerte, las víctimas de la vio-

lencia, que miran sin ver, con ojos desmesuradamente abiertos, la espaciosa estancia, saturada por una atmósfera de plomo, donde se confunden en fétido consorcio los miasmas que brotan de la carne podrida y las enérgicas emanaciones del cloruro de cal y del ácido fénico.

Allí están ellos recibiendo con quietud perezosa de sultanes las visitas de los curiosos, las caricias del bisturí y los nuevos tertulios que les ofrecen á diario la desesperación y el crimen.

Estoy seguro de que si esos muertos tuvieran el don del movimiento y de la palabra, dirían, incorporándose sobre sus lechos, cuando un nuevo cadáver penetra por la puerta de su domicilio:

—«Adelante, amigo; acuéstese usted con toda confianza; está usted en su casa y no nos molesta.»

Reina en ese cuarto de paredes desnudas, la confraternidad del sepulcro, la uniforme y pasiva alineación de la tumba, único monumento donde los partidarios de la igualdad absoluta pueden ver transformadas sus utopías en hechos reales; más alta ó más baja, con adornos ó sin adornos, la muerte representa siempre lo mismo: carne que se pudre y materia que se transforma.

*
* *

No hace muchos días tuve ocasión de visitar la finca de los muertos, en cumplimiento de penosos deberes.

Un amigo mío, acaso por aburrimiento, tal vez por impotencia, quizás por las dos cosas, y mejor aún por haber puesto sus ambiciones más allá de donde alcan-

zaban sus medios para cumplirlas, había resuelto quitarse la vida, y realizó su plan una noche cualquiera, llevando el sosiego definitivo á su espíritu, y el luto y la amargura, transitorios, como todas las emociones humanas, al seno de su hogar.

Llegué, pues, al depósito; me detuve en el anchuroso portalón—porque también los muertos se permiten el lujo de hacer guardar antesala á sus visitantes,—examiné con viva curiosidad los doce retratos de homicidas y asesinados que adornan el recinto, como adornan las casas particulares los retratos de los miembros de la familia, y no cesé de mirarlos hasta que un guardián de cadáveres, tan hecho á mover cuerpos inertes como un obispo á echar bendiciones, abriendo de par en par la puerta que al cuarto de autopsias y operaciones conduce, me arrojó de golpe entre sus inquilinos, diciéndome al paso: «Tátese usted las narices, porque con estos calores de Agosto huelen que apestan.»

Eran once, si mal no recuerdo; sus rostros, afeados por la convulsión trágica y suprema de la agonía, lívidos, deformes, inspiraban horror; notábase en el cuarto una repugnante y lógica promiscuidad de sexos; los muertos no aman, no sienten agitadas sus médulas por la sacudida brusca del deseo, no experimentan la atracción del organismo complementario; por tal motivo, sin duda, reposaba tranquila junto á mi amigo, mozo de veintisiete años, que tenía la sien hecha trizas á consecuencia de un pistoletazo, una muchacha de dieciséis abriles, rubia, pálida, con los ojos azules y el cuerpo admirablemente contorneado, la cual muchacha ostentaba debajo del seno izquierdo una heri-

da ancha y profunda, abierta allí por los celos y por los apetitos de su amante.

¡Maridaje extraño el de aquellos dos seres, uno de los cuales nos contaba con lenguaje mudo, por la deforme y asquerosa boca de la herida abierta en su cráneo, todos los desengaños, las amarguras todas de su existencia, mientras el otro, con las pupilas asombradas aun, parecía buscar en el infinito las esperanzas múltiples, cobijadas por su alma de niña y repercutidas por su cuerpo de adolescente!

La mirada del hombre, burlona, sarcástica, parecía gritar al destino: «Jugarreta por jugarreta. Estamos en paz.» La de la muchacha, dulce, estupefacta, sorprendida, encerraba esta pregunta dolorosa: «¿Por qué?»

Yo les miré un instante, y cuando, afanoso por evitar la impresión de angustia que me producían sus dos imágenes, quise volver á otro lado los ojos, retrocedí con angustia y con miedo. Los nueve cadáveres restantes se presentaban enfrente de mí con sus rostros contraídos, sus miembros rígidos, sus ropas manchadas de sangre y sus manos convertidas en garabatos horribles; era el de entonces un espectáculo sólo comparable al que ofrece el mar después de un naufragio, á tiempo que el oleaje, sacudido por las últimas convulsiones de la borrasca, deposita sus víctimas sobre las rocas.

Extendidos en aquellas rocas con siniestro desorden, hecho girones el ropaje, engarfiadas las manos por el esfuerzo postrero de la desesperación y del instinto, azulada la piel y dilatado el rostro por una mueca espantosa, se descubren los naufragos, en torno de

los cuales se apiña la curiosa y horrorizada multitud, y se retuerce con rumor sordo la salobre espuma de las olas.

Náufragos son esos; náufragos eran también los que yo contemplaba en aquel instante; el oleaje del mar empujó á los unos contra las rocas inhospitalarias de la costa; el oleaje de la vida arrojó á los otros sobre las mesas del depósito de cadáveres; los curiosos de la playa estaban sustituidos en el recinto de la ley por mi y por el insensible mozo que me acompañaba; nos faltaba el cielo infinito y azul; pero yo no lo eché de menos, porque tenía, para sustituirlo, las pupilas azules de la pobre muchacha asesinada por su amante.

Sali del depósito; cargaron el cuerpo de mi amigo en un carro fúnebre, que debía transportarlo al cementerio; púsose en marcha el humilde vehículo: atravesamos pausadamente por entre los muchachos que jugueteaban en la alcantarilla y las mujeres que murmuraban á la puerta de sus casucas; llegamos á la carretera; tomé yo el camino de este Madrid bullicioso é indiferente que consume vidas y destruye ambiciones, y siguió el cadáver la ruta que conduce al cementerio del Este, en busca de un asilo más seguro, más solitario y más perenne que el que le ofreció durante treinta y seis horas la finca de los muertos.

ÍNDICE

	Páginas.
El nido de gorriones.....	7
El león de bronce.....	17
La desdicha de Juan.....	29
El crimen de ayer.....	39
La carta del soldado.....	49
Un divorcio.....	57
De la última hornada.....	67
Un triunfo más.....	77
<i>Síntesis párvulos</i>	89
Los dulces de la boda.....	97
El desquite.....	113
Madroño.....	123
La epopeya de un presidiario.....	133
El idilio de la noche.....	143
Buenos consejos.....	151
El odio.....	161
El amanecer en Madrid.....	171
Dos mataores.....	179
Las perlas negras.....	187
La epopeya de una zingara.....	193
Los valientes.....	203
Carne de juerga.....	211
Una mujer de mundo.....	219
La primera lección.....	231
Rafael Delorme (retrato á pluma).....	243
La dimisión.....	251
<i>La finca de los muertos</i>	257